

están hoy á las órdenes del rey de Francia sirven como ingenieros y arquitectos (1), ó bien con su sola persona; y nunca tendrán compañeros, sino tratándose de alguna guerra de Italia, mas por entrenamiento y para mostrar que confían en la nación que por esperanza de ningun buen servicio. La causa de este desorden y vergüenza han sido los capitanes, que á trueque de obtener mayor cargo, se han ofrecido á conducir mas soldados de los que componian sus fuerzas y séquito, viéndose por lo tanto obligados á admitir en las filas á la mas vil canalla. Además de que, para robar mucho, engañan á los soldados y les retienen las pagas y gratificaciones prometidas, contribuyendo á que en consecuencia pasen de una á otra facción, roben y arruinen á los súbditos que debían defender, y causen cualquier otro daño por grande que sea. Así la nación que antiguamente ha subyugado el mundo, hoy por su mal gobierno es rechazada por todos como inútil y llena de ignominia. »

De las fuerzas inglesas nos informa la bellísima relación del ilustre Daniel Bárbaro en 1551 (2) :

« Los Ingleses observan la disciplina militar segun el uso de sus antepasados; porque, luego que han publicado la guerra, de orden del rey se piden tropas á cada condado, pues la Inglaterra está dividida en condados. Eran estos al principio treinta y nueve; pero luego se han agregado doce del país de Gales, presidiendo á cada cual un noble, llamado vizconde del rey, cuyo cargo es anual y tiene por objeto hacer que se observen todas las órdenes reales.

« Á la elección de los hombres concurren de las aldeas y castillos, y de todos los demas puntos cuantas personas se hallan en estado de manejar las armas desde los quince á los cuarenta años; los cuales se presentan á la revista en un sitio grande y espacioso. Llevan las armas que tienen, y las manejan delante de los magistrados designados al efecto; despues se elige á los de mas gallarda presencia y mas robustos; no pudiendo dudarse de que en Inglaterra los hombres son bien proporcionados y vigorosos, y si además soportasen largo tiempo las fatigas é incomo-

« s'il étoit besoin de combat, ou d'assailir un fort, ou garder un passage, ou le conquérir, soudain se mettaient à pied; » et ne leur fallait nul sergent pour se mettre en bataille, parce que d'eux mêmes chacun savoit ce qu'il avoit à faire, car ils avoient tous commandé. » (L. II.) Y en otra parte : « On tira des compagnies de gens de pied tant français qu'italiens jusqu'au nombre de sept ou huit cents archers, lesquels se jetterent devant la bataille pour enfants perdus. » Y mas adelante : « La fuite des Gruyers ébranle même les soldats italiens... Cinq enseignes de gens de pied italiens lesquels étoient les plus aguerris de notre armée, de sorte que s'ils eussent été au bataillon des autres Italiens ou Gruyers, en peut estimer qu'il n'eût été ainsi renversé qu'il fut. » Y descubriendo otro hecho de armas, observa : « Même nos Italiens s'en alterent en confusion... Et si je pense qu'il y avoit autant de bons soldats qu'il en fut par l'heure en Europe. »

(1) Du Bellay nombra algunos con singular elogio.
(2) *Relazioni*, etc. *ibid.*, pág. 290.

didades, no creo existieran tropas iguales á los Ingleses.

« De estos hombres vigorosos, unos se inscriben en la infantería y otros en la caballería. Los que no son ni grandes ni pequeños, y están dotados de destreza corporal, montan á caballo, y de ellos se forman dos órdenes : uno de caballos ligeros, otro de hombres de armas, para los cuales se prefieren los nobles, porque pueden hacer el gasto y tener buenos caballos. Los ligeros se dividen luego en dos partes : una que se arma como los estradiotas, otra que usa coraza ó cota de malla, medio casco y lanza delgada y larga, y se sirve de toda especie de caballos, porque no acomete nunca sino por el flanco; se les llama lancetas.

« La infantería, compuesta de hombres mas corpulentos, es de cuatro clases : forman la primera los arqueros, en que abunda la Inglaterra, y que son excelentes por naturaleza y por ejercicio, habiéndoseles visto á menudo derrotar por sí solos ejércitos de treinta mil personas. La segunda clase maneja una lanza corta y gruesa, que tiene el hierro á modo de podadera de aldeanos, pero mucho mas gruesa y pesada que la que se ve en Italia : con ella causan heridas graves y desmontan al jinete, usándola tan corta porque les agrada concluir pronto. La tercera se compone de arcabuceros, que valen poco, pues no están ejercitados, excepto unos cuantos en las guerras á este lado del mar : esta clase, juntamente con la cuarta, que es de picas, ha sido añadida hace poco á la antigua milicia de Inglaterra.

« Con estas cuatro clases se puede formar un ejército de cien mil hombres, de los cuales veinte mil serian excelentes arqueros, veinte mil de caballería, entre ellos apenas la cuarta parte hombres de armas, y el resto arcabuceros y piqueros. Pero nunca ó muy rara vez suelen poner en pié de guerra todo aquel número.

« Los magistrados militares son estos : ocupa el primer lugar el capitán general; el segundo pertenece al mariscal, que cuando aquel está ausente, le reemplaza; el tercero es del jefe de toda la caballería : hay además el tesorero, el general de la artillería, el coronel y muchos otros magistrados inferiores, que sería largo relatar.

« La infantería está dividida en compañías de cien hombres, con su capitán, teniente, alférez y sarjento, y la caballería en escuadrones de igual número de personas y en el mismo orden : esta usa los clarines, así como la infantería los tambores, y siempre la guerra legítima es anunciada por un heraldo. Cuando se aloja, el campamento está provisto de carros y de impedimentos; y si el enemigo se encuentra cerca, construyen sus fosos con parapetos de tierra, y disponen la artillería en lugares á propósito. Hacen dos clases de guardia : una de soldados á caballo, llamada escolta, y otra de soldados de á pié, llamada centinela. Si tienen indicios de que se aproxima el enemigo, inme-

diatamente por todo el campo se grita en su idioma *arcos, arcos*; pues esta es la última esperanza de los Ingleses, y cada cual acude á un lugar espacioso que se denomina la plaza del campamento, donde esperan las órdenes.

« En el campamento se verifican tambien los juicios tanto criminales como civiles, aunque sumariamente, *et de plano*, como dicen; á ellos preside el mariscal del ejército con algunos asistentes legistas, y aquel foro se llama el tribunal de la guerra. Este es el fin de la milicia terrestre.

« Ahora hablaré de la marina : como el reino de Inglaterra está ceñido por el mar, excepto donde confina con la Escocia, los Ingleses, por la multitud de sus puertos y de sus islas, tienen grande abundancia de buques y de marineros, y en el mar valen mucho. Pueden contar, si los necesitan, con quinientos buques, de los cuales mas de ciento tienen cubierta, y muchos se conservan continuamente para en caso de guerra en varios puntos. Hay tambien allí unas setenta naves, á que dan el nombre de galeones, no muy altas, pero sí largas y gruesas, con las cuales han dado en las últimas guerras todas las batallas.

« No usan galeras, por la grandísima fuerza de la corriente del Océano...

« Todo lo relativo á la marina depende del grande almirante, que es uno de los grandes, al cual están sometidos muchos magistrados y cargos de la armada. Tambien aquí se verifican los juicios en un foro propio, que se llama el tribunal del almirantazgo, cuya jurisdicción se extiende solo á las cosas marítimas y á lo que se ejecuta en alta mar, reconociendo lo que pertenece á los corsarios y á los naufragos : se guia por la jurisprudencia civil, y el presidente del tribunal es abogado.

« La pena de los corsarios es ser ahorcados de modo que la punta de los piés casi toque en el agua; al efecto se les ejecuta por lo comun en las riberas y playas.

« Los derechos de los naufragos se deciden conforme á las leyes de Inglaterra, las cuales disponen que los bienes de los naufragos arrojados á tierra sean ó bien del rey, ó bien del dueño de la heredad próxima á la playa, si el rey lo concede; pero, en lo demas, las leyes son mas humanas, aun respecto de los enemigos, pues todos los extranjeros, especialmente los comerciantes, pueden recorrer con libertad el reino; y en siendo enemigos, se averigua antes cómo son tratados los Ingleses por ellos en sus países, y se les da igual tratamiento.

« Tal es la disciplina militar de los Ingleses, á la cual nada faltaria, si antes de que apremiase la necesidad se ejercitara á los soldados segun conviene, y como se hace con los de mar, que tienen á este constantemente seguro de los corsarios flamencos y bretones, y en especial de los escoceses, los cuales no guardan paz ni tregua, á causa de su mucha miseria, y sin em-

T. VIII.

bargo no osan molestar los lugares y puertos ingleses. »

El otro embajador veneciano, Juan Micheli, en 1557, añade :

« Hablando ántes de la infantería y gente de á pié, esta sería verdaderamente innumerable, si se considerasen todos los que para defensa del reino, en caso de necesidad, deberían salir segun es de su obligacion; porque, en uno solamente de los treinta y nueve condados que componen el reino, llamado York, es fama que están inscritos con tal objeto mas de sesenta mil hombres, y segun el vulgo cien mil. Pero, no hablando de estos, sino de los de facción, que espontáneamente han querido servir como voluntarios en el reino y fuera de él, todavía su número es muy crecido, habiéndose observado que los ejércitos de voluntarios, con los cuales muchas veces, no hablaré de los últimos tiempos, han pasado el mar aquellos reyes, como sucedió á los de Enrique VIII en la expedición de Tereoana en 1512 y en la conquista de Bolonia en 1544, llegaban á un número de cuarenta á cincuenta mil hombres, y habrían excedido con mucho de este número sin el temor á los gastos que irrogaria el sacarlos del reino. Las personas bien informadas dicen que de esta clase de gente, tratándose de hacer un esfuerzo general, se podría formar un cuerpo de doscientos á trescientos mil hombres, todos coraceros y de arma blanca; hablo solo de los que armaria la corte, debiendo añadirse los de los señores y barones particulares, pues ninguno, por mínimo que sea su territorio, deja de armar, á proporcion de su séquito y facultades, un número bastante grande; y se dice que alguno de los principales pueden poner en pié de guerra miles de hombres, como sucede á los condes de Derby y de Westmoreland, y sobre todo al de Pembrok. Estos, aunque los mas sin experiencia ni ejercicio, por haber pocos entre ellos que sepan servir de la pica ú otras armas, ni tiran el arcabuz, no usándose en aquel reino ningun ejercicio de esta especie; sin embargo, acompañados de los prácticos y ejercitados por ellos mismos, empleando muchos fuera, como sucede en las demas naciones, en una ú otra guerra, servirían de mucho en todo caso por la aptitud y natural inclinacion que generalmente tienen para los combates. De la misma manera, los demas que exceden de este número, por las mismas causas y especialmente por su multitud y atrevimiento, harían mas que los otros aunque estuviesen desarmados; no existiendo nacion alguna, como es notorio, que combata con ménos temor de la muerte que los Ingleses.

« Esto en cuanto á la infantería: debiendo añadir, que entre las armas ofensivas que usan, se cuentan algunos bastones grandes, de la altura de un hombre, gruesos y forrados de hierro en el extremo superior, con unas cuantas puntas tambien de hierro, que sobresalen cerca de un palmo; armas muy peligrosas, á propósito

para despedazar y romper cualquier cosa dura que se les oponga. Pero sobre todo, lo que les es propio y natural es el uso del arco y las flechas, á causa del comun ejercicio que en esta parte hacen todas las personas, sin distincion de grado, edad ni profesion, hasta exceder de lo verosímil. Lo que nace, ademas de la eleccion, de la obligacion que generalmente por providencia parlamentaria tienen todos los cabezas de familia de proveer de tales armas á las personas que componen su casa en cuanto llegan á los nueve años; y esto, no solo á fin de remover cualquier otro ejercicio, sino tambien con objeto de aumentar este mismo diligentemente, por descansar en él la fuerza y esperanza de los Ingleses, gente mas á propósito, hablando con verdad, para usarlo, de modo que no cederian á ninguna otra nacion mas práctica y ejercitada que ellos. Es tanta la estimacion que profesan á las mencionadas armas y la buena opinion que tienen formada de ellas, que las prefieren sin vacilar á las demas y hasta á los arcabuces, confiando en el arco y las flechas mas que en estos, en lo cual disienten de los capitanes y soldados de los otros países. Tiran ademas el arco con tanta fuerza y destreza, que algunos tienen fama de atravesar coseletes y armaduras enteras, y hay pocos entre ellos, de los ménos ejercitados, que por cada flechazo no se comprometan, colocados á una distancia conveniente, ya tiren á lo largo, ya como suelen hacerlo las mas de las veces, por lo alto, á dar siempre á medio palmo de la señal. Estas son comunmente sus armas ofensivas.

» Las defensivas son poco importantes, sea que no piensen en ellas, sea que no las estimen, prefiriendo, cuando combaten, estar expeditos y ágiles para poder andar en todas direcciones, correr y saltar á cargarse de armas, no obstante ser esto último mucho mejor en cuanto á asegurar la persona; así generalmente no usan, sino para la defensa de la cabeza, algunas celadas ligeras á modo de medias cabezas ordinarias, mas bien que morriones ó cosas de mayor importancia; y respecto de la persona, ó algun coselete, que arma la parte de delante, aunque de una manera mezquina, ó mejor (especialmente los que saben trabajarla) alguna loriga ó cota de malla; pero por lo comun usan jubones de estopa con mucha borra, que se cree con una defensa segurísima contra la fuerza de las flechas, y en los brazos algunas listas de malla á lo largo y nada mas.

» Hablaré ahora de la caballería, que se considera no ménos necesaria para la defensa que para el ataque. Principiando por la ligera, diré, que si esta fuese buena, sería sin duda infinita, pues aquella isla produce mas caballos que ninguna otra comarca de Europa; pero siendo caballos débiles y poco vigorosos, alimentados solo de yerbas, y que viven como las ovejas y demas animales á la intemperie en todas las estaciones pastando en los campos, no rayan

muy alto ni se les aprecia; sin embargo, por su decision y valor, particularmente si se encuentran en la provincia de Wallia, donde el lugar lo permite, son muy á propósito para ir á la descubierta, ejecutar excursiones y molestar al enemigo; pero se dice que harian mucho mas si estuviesen mejor alimentados. Como la isla no produce caballos grandes, buenos para el combate, excepto algunos en la provincia de Wallia y unos cuantos de ciertas razas que tiene la corona, la caballería pesada del reino es poco considerable. Es verdad que conociéndose de dia en dia su mayor necesidad y utilidad por la especial obligacion en que cada uno de los señores, barones y prelados están de reunir cierto número de esos caballos para la defensa del reino y el servicio del monarca, todas las personas bien acomodadas procuran tener raza de ellos. Así los que se ven son extranjeros, que se han hecho venir de Flandes, habiendo querido la serenísima reina que cada cual cumpla con su obligacion, á fin de que por falta de caballos la costumbre no se pierda, como iba perdiéndose. Se cree que si se reunieran todos los que existen de esta clase, y se dispusiera una revista general, acompañando á ellos los de los pensionarios y gentiles hombres que llaman de boca, y los de los arqueros de la corte, todos con obligacion de servir á caballo, compondrian una suma de mas de dos mil, que sería una gran banda, constando de guerreros excelentes, muchos de ellos provistos de caballos bardados para poder servir en cualquier género de batalla.»

§ 48. CONDICIONES DE LOS EJÉRCITOS DESDE CÁRLOS VIII Á LUIS XIV.

Las armas de fuego no caminaron rápidamente á las aplicaciones y á la perfeccion. Los caballeros creyeron poder defenderse de ellas usando armaduras cada vez mas robustas. Nosotros nos hemos sentido inclinados á creer que los cañones de Cárlos VIII no eran tan ligeros y refinados como Guicciardini y los demas historiadores italianos nos los pintan, en atencion á que los vemos todavia arrastrados por bueyes en las guerras civiles de Francia; siendo á la sazón tan escaso el dinero que no bastaba á los graves gastos de esta arma, ni los grandes trenes convenian á aquellas pequeñas facciones, que se reproducian sin cesar. En la batalla de Ivry, el ejército real tenia seis piezas de artillería, y cuatro el de la Liga; en la batalla de Coutras el ejército protestante no contaba mas que tres.

La gendarmería vestida de hierro fué desapareciendo y cesó de constituir el vigor de los ejércitos; cada hombre de armas iba seguido de otro solo, y los demas formaban compañías separadas, prefiriendo la misma nobleza entrar en la caballería ligera y en la infantería, servicio de ménos fatiga y gasto. Pereció luego en-

teramente aquella institucion cuando la lanza fué abandonada por la pistola, lo que se hizo uso general en tiempo de Enrique IV; y ya antes los Alemanes habian sustituido las armas de fuego á las de punta, imitándoles pronto los Españoles y Mauricio de Nassau; si bien la fuerza de la caballería consiste en el arma blanca no en el tiro, poco decisivo y muy incierto. Efectivamente, en las últimas guerras hemos vuelto á ver las lanzas; mientras que en el siglo pasado la caballería continuó usurpando las funciones de la infantería, y ni siquiera se llegó á conocer la importancia de la movilidad de esta.

Retardó los progresos de la infantería la creacion de los dragones en tiempo de Enrique II, que combatian á pié y á caballo, para poder extenderse y llevar con prontitud el fuego de un punto á otro, no alcanzándose aun á concebir que un batallon pudiese cambiar de sitio despues de empezada la accion.

Los Estados se hallaban ya tan relacionados entre sí, que la novedad introducida por uno era aceptada inmediatamente por todos. Así encontramos adoptadas al mismo tiempo las armas de fuego por los *vaitres* alemanes, por los *carabineros* españoles, por los *argouletz* y dragones franceses. Los *vaitres* ó soldados armados de carabinas representan un gran papel en las guerras religiosas de Francia, enviados en su mayor parte por príncipes alemanes: se formaban en escuadrones de veinte á treinta filas, las cuales avanzaban una despues de otra disparando, y luego se retiraban á la cola para volver á cargar. Los *carabineros*, soldados ligeros á caballo, se formaban en pequeños escuadrones de mas fondo que anchura, y dada la señal marchaban haciendo fuego sucesivamente por filas, hasta que la caballería pesada se decidia á emprender el ataque; entónces se retiraban, prontos á perseguir si salian vencedores, y á sostener la retirada si eran vencidos. Los *argouletz* combatian á la desbandada, armados como los estradiotas, y con espada, maza en los arzones y arcabuz; escoltaban convoyes, molestaban al enemigo en la retirada y ocupaban con rapidez una posicion.

Francisco I pensó en librar su reino del capricho de los codiciosos mercenarios, disciplinando á los Franceses al modo de los Suizos, y creyó deber en esto imitar á los Romanos. Creó legiones de seis mil hombres, compuestas de tres clases de infantes: lanceros, alabarderos y arcabuceros, casi iguales en número. Eran siete, cada una con el nombre de la provincia de donde procedia. Pero nunca se llegaron á organizar ó solo lo fueron por breve tiempo, volviéndose en breve á las bandas separadas de dos ó trescientos hombres, adaptadas á la índole de la nacion y de los capitanes, enemigos de estar subordinados. Se comprendió, no obstante, lo mucho que importaba á la prontitud y regularidad la union de muchas bandas y la concentracion de los mandos, de modo que en tiempo de Enrique II y de Cárlos IX se introdujo

de nuevo la legion, bajo el nombre de *regimiento*.

La caballería combatia habitualmente de este modo: iban delante los arcabuceros y demas soldados á caballo con armas de fuego, luego los lanceros, sostenidos por las corazas ó caballería ligera, y á estos seguian otros arcabuceros.

Hasta Enrique II duró el antiguo método de acometer con la lanza en una sola fila, y entónces fué cuando se empezó á hacer maniobrar la caballería por escuadrones, esto es, en muchas filas de fondo, aunque no siempre. Lanoue, uno de los mejores generales de Enrique IV, en sus discursos políticos y militares insiste en la necesidad de formar la caballería por escuadrones, y con tanto calor que muestra cuán dividida se hallaba en esta parte la opinion de los tácticos. Desaprueba enteramente la caballería pesada al estilo feudal. « Como tuvieron bastante razon, atendida la violencia de las pistolas y de los arcabuces, para hacer mas macizas y resistentes sus armaduras, se excedieron hasta el extremo de que muchos llevan yunques, en vez de armas. Así toda la hermosura del hombre á caballo se convierte en monstruosidad. Hoy un noble de treinta y cinco años tiene los hombros estropeados por tan gran peso. He visto al señor de Eguilly y al caballero de Puigreffier, ilustres ancianos, permanecer todo un dia armados de piés cabeza, á marchando al frente de sus compañías, mientras actualmente un capitan mas joven no querrá ó no podrá estar dos horas en tal situacion. El modo de disponer la caballería que hasta ahora se ha observado debe abandonarse, para adoptar el que la razon nos sugiere como mejor. Sé muy bien que otros sostendrán lo contrario, diciendo que se debe ser cauto en cambiar el sistema antiguo, que la gendarmería en sus mas felices tiempos combatia así, y que el señor de Guisa y el condestable, jefes tan excelentes, nada innovaron; á lo cual responderé, que antes de abandonar las costumbres antiguas, conviene examinarlas tres veces. Han sobrevenido muchas cosas que obligan á mudar de método, como ha sucedido con las fortificaciones despues de la invencion de la artillería. Aquel orden fué elegido, segun creo, porque componiéndose la mencionada gendarmería de nobles, cada cual queria combatir de frente, y ninguno en segunda fila, no juzgándose de ménos valor que su compañero. La gendarmería siguió así hasta la mitad del reinado de Enrique II con buen éxito; pero hácia el fin, las pérdidas que experimentamos probaron que nacia de semejante orden y de la firmeza del adoptado por el enemigo. En cuanto á mí, soy de dictámen que cien escuderos, armados, montados y conducidos, conservando el orden de escuadron, arrollarán á cien nobles dispuestos en ala.»

Estas razones se reconocieron como ciertas, y la batalla de Coutras, donde el duque de Jo-